



Educador social i infància en situació de risc. L'atenció residencial a infants i adolescents a Catalunya

Autora: Maite Marzo Arpón

Títol: *Educador social i infància en situació de risc. L'atenció residencial a infants i adolescents a Catalunya* (Col·lecció "Infància i adolescència" n. 1)
Edita: Secretariat d'Infància i Adolescència.
 Barcelona, 2009

Este libro es el resultado de la tesis doctoral *Características de los educadores sociales de los recursos residenciales de atención a la infancia y a la adolescencia en Barcelona y provincia*, presentada por Maite Marzo en la Facultad de Pedagogía de la *Universitat de Barcelona* (2007). Se trata de un libro que la autora ha transformado en una lectura recomendable y sugerente para los profesionales que trabajan en torno a la atención residencial infantil.

Al leerlo (y muy probablemente condicionada por mi proceso profesional de educadora de centros desde principios de los años 80) sentí dos sensaciones complementarias y, al mismo tiempo, diferenciadas: la de estar realizando un viaje hacia el futuro de la profesión en el marco de las instituciones residenciales, y la confirmación del viejo deseo y necesidad de promover un debate socioeducativo sobre los modelos profesionales vigentes en los centros residenciales de Cataluña.

Cuando en 1971 Ferrand Deligni definía en *Los vagabundos eficaces* los educadores, no tenía ninguna duda del necesario peso vocacional y personal del mencionado oficio.

“Los educadores son, un poco poetas, un poco canturreadores de buena música, un poco comediantes, exhibidores de sí mismos y de marionetas, honrados con el instante, chupadores de certidumbres y escupidores de preguntas, piel viva a flor de sociedad, indiscutiblemente inadaptados, preocupados de su vagabundeo y pacientes como pescadores de caña, de ahí los compañeros que los niños necesitan.

Explotadores ingenuos y pobres, no abrumarán a la tribu infantil con el peso de su bagaje pseudocientífico, psichistórico, pseudomoral, baratija injuriosa, habitual regalo de quienes vienen del mundo de los adultos.

Pero poco a poco, la profesión incluye a la definición “*las herramientas necesarias para su ejercicio...*”

“El educador especializado es un agente social y profesional de la educación de atención directa.

Dispone para su trabajo de unos instrumentos específicos fundamentalmente pedagógicos (no psicológicos ni terapéuticos) y prioriza los que potencian los recursos de relación.

Trabaja en el marco no escolar con sujetos que por diversas causas: físicas, psíquicas y sociales, se encuentran en situaciones de marginación o inadaptación.

El trabajo del Educador es el de ayudar a desarrollar recursos en el sujeto que

faciliten su inserción social activa, facilitando su circulación en un entorno cada vez más amplio.” (Primer Congreso Estatal del Educador Especializado. Pamplona 1987)

Hoy, después del amplio proceso de reconocimiento social apoyado por la Diplomatura, y de los materiales técnicos y definiciones generados desde el mundo profesional, no tenemos la menor duda de la necesaria complementación entre una motivación de base (*motivo por el que se llega a la identidad de educador y sus proyectos*), la definición contrastada de las funciones profesionales, una formación adecuada que lo posibilite y una regulación laboral coherente con la demanda y el encargo social.

Eso sí, sin perder de vista, que el protagonista no es el profesional sino la persona con la que se relaciona educativamente.

Pero esto que creemos ya conseguido, y a la luz de los datos recogidos en el libro, parece no estar tan claro ni ser tan evidente.

Quizás no es casual la definición de educador en clave de humor (recogida y difundida por internet por Pat Meheney. 2006):

“Especie en vías de evolución, proveniente del cruce de otras especies del tipo “*buenus personus*”, “*religiosus con projectus*” y “*ayudemus raudus*”. Es de las pocas especies que llega a solaparse

en el tiempo y el espacio con sus antecesores creando una lucha por la supervivencia en el entorno, que todavía está en su pleno apogeo.

Su plena evolución como especie única se ve debilitada a veces por la aparición, en algunos momentos, de especímenes del género “*qué coñus estudiamos*” y otros más conocidos como los “*dónde me he metiu*” y agravada por la aparición de otros depredadores cercanos que se disputan la escala evolutiva, véase celadores, marujas voluntariosas, integradores sociales y otros especímenes.

Muchos científicos (creemos que al menos 2 de ellos) aseguran que el eslabón perdido proviene del conocido “*homus habilitadus*”. Es una especie que se junta para su supervivencia en lugares conocidos como CEESC siglas de Con Esperanza Esperamos Seguir Cobrando, donde algunos despistados se reúnen para poder ser criticados por los que no lo hacen. Cree la sabiduría popular que es una forma de prepararse para fortalecerse ante las duras pruebas que les esperan...”

¿Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia?

Lo que sí es real es que cualquier viaje histórico exige una actitud de mucha y rigurosa observación y de escucha, como la que nos plantea Maite Marzo en su investigación, en la que ha combinado como diseño de la misma una exhaustiva

exploración de fuentes bibliográficas y un estudio cuantitativo avalado por un cuestionario administrado a 600 educadoras/es sociales de los recursos residenciales de Barcelona y provincia, obteniendo como resultado final una descripción del proceso de profesionalización de los educadores sociales en los centros residenciales así como un análisis detallado de las funciones que les son encomendadas.

Como consecuencia, nuestro compromiso profesional tendrá que ser el de aproximarnos a las variables que configuran el *por qué, el qué y el cómo educar* en los centros y continuar profundizando en la definición de los mejores modelos técnicos y de las buenas prácticas.

Recogiendo las propuestas planteadas por la autora, reafirmo que el educador social ejerce su profesión en la medida que posibilita el derecho de educación a la ciudadanía. Y en los centros lo hace, además, sustituyendo y/o complementando funciones asistenciales y afectivas de las familias con las que las niñas, niños y jóvenes atendidos en los centros no pueden vivir.

Un encargo difícil al que administraciones, contratantes, formadores y Colegio Profesional y los mismos educadores y educadoras tenemos que dedicar mayores esfuerzos. Un compromiso explícito de presente y de futuro que no podemos rehuir: *La necesaria implementación de*

los derechos de protección definidos a la Convención de los derechos del Niño de la que ya hemos celebrado el 20º Aniversario.

Araceli Lázaro